
JORDI GRACIA (ed.)

*Historia y crítica de la literatura española, 9/1.
Los nuevos nombres: 1975-2000*

Barcelona, Crítica, 2000, 624 p.

Se presenta ante nosotros la última entrega de esa arriesgada empresa que en su día acometió Francisco Rico, y que en este caso cuenta con el aliciente de haber de conjugar su carácter en parte canónico (y canonizador) con la inmediatez de su objeto de estudio. José María Pozuelo, en su reseña a este volumen publicada en *ABC Cultural* (n.º 456, 21 de octubre de 2001, p. 21), ya se ha referido con exhaustividad al aspecto fragmentario que ofrece el libro del actual panorama literario español. Para ello utiliza a la inversa una imagen ya presente en el ensayo del autor incluido en el libro: la de Fabrizio errando por Waterloo en *La cartuja de Parma*.

La primera parte del volumen, "La vida cultural", traza el mapa sociocultural del período partiendo de tres conceptos: Nacionalismo, Posmodernidad y Transición. Claudio Guillén traslada el problema del Nacionalismo al ámbito también problemático de la identidad del individuo, acorralada tras unas señas colectivas, externas, que hay que defender en la negociación por la construcción de ámbitos comunes cada vez más amplios. Ramón Buckley pone en entredicho el concepto tan celebrado de transición, y propone considerar una "doble transición", partiendo del hecho de que en la transición oficial el silencio de la vida cultural sólo se vio roto por la voz crítica de un feminismo emergente y combativo. Según él habría que buscar la transición cultural entre 1968 y 1973, período marcado por el fin de la ideología franquista y un desplazamiento intelectual de la Historia a la memoria, de lo colectivo a lo individual. Joan Ramon Resina analiza el desencanto de la época mediante su plasmación en un género literario concreto, el policial, que no tardaría en declinar hacia el auto-escepticismo y la parodia. Jordi Gracia hará lo propio respecto al ensayo, poniendo de manifiesto la tendencia a acercar el pensamiento a lo cotidiano y a lo literario, en un alejamiento del esoterismo místico que arranca con Nietzsche, Ortega y Borges. Lo político y lo metafísico son ahora sustituidos por lo ético y lo estético.



El siguiente punto de debate es la posmodernidad. Mainer baraja de nuevo historia y cultura para reivindicar el concepto de “Estado Cultural” como muestra de la pujante democratización de la cultura, traducida en un espíritu de “tolerancia”, “irresponsabilidad anarquizante”, “pasotismo”. En línea análoga se sitúa Bernard Bessière, que aplica a nuestro entorno el trabajo de Gilles Lipovetski para dibujar un panorama de descentralización, individualismo, desideologización, eclecticismo y productos *kitsch*, en el que encontramos a faltar una referencia al fenómeno de los así llamados “francotiradores” cinematográficos. Jordi Gracia hace de abogado del diablo y reclama consideración hacia los aciertos y líneas comunes que se perciben en nuestros artistas y creadores más recientes.

La posmodernidad se perfila así como el filtro principal desde el cual mirar la producción escrita española de los últimos años, y si en alguna de las secciones se hace evidente el riesgo que ello entraña es en la dedicada a la poesía. Ya el estudio introductorio de Gracia supone un intento de lectura global en el que se aprecia una tendencia a subrayar la heterogeneidad de los poetas, puesta en relación con el carácter ecléctico y fagocitador del posmodernismo. Los trabajos de Jiménez Millán, García Martín y Mainer presentan propuestas tan conciliadoras como vagas, mientras que un intento de clasificación y periodización más sistemático como el de Juan José Lanz acaba en franca desbandada de escuelas, en posmoderna *coincidentia oppositorum*.

En el caso de la poesía femenina sí se presenta un trabajo de agrupación de tendencias, el realizado por Sharon Keefe Ugalde, que desde un enfoque feminista clasifica a las nuevas poetas en tres tendencias de continuidad, transformación y rescate respecto a los modelos tradicionales de feminidad. Pero a partir de ese momento la imagen de los poetas se somete a un acopio de especificidades, como en el caso de Fonollosa o Sánchez Rosillo (algunas excepciones, por supuesto, como el estudio de Carlos Marzal por Díaz de Castro). Parece operarse un cambio de orientación en los estudios de poetas agrupados por epígrafes, pero en algunos casos sus vínculos son forzados (así los agrupados en “Lenguaje y meditación”) o los epígrafes incurren de por sí en la heterogeneidad (“Del expresionismo al enigma”).

Esta disgregación se puede atribuir además, en la mayoría de los casos, al hecho de tratarse de reseñas particulares y no de estudios de conjunto. Curioso si tenemos en cuenta que los valores reseñados en los poetas son antagónicos o incompatibles con los que se amparan bajo ese concepto de posmodernidad con que se velaba el problema generacional, y más curioso todavía si tenemos en cuenta que Jordi Gracia tiene en prensa un trabajo titulado “Poéticas para el fin de siglo”.

La tercera parte, dedicada a la novela, sí presagia en su estudio introductorio un esfuerzo de buscar la suficiente amplitud de miras o, parafraseando a Pozuelo, de enfocar el retrato. Gracia traza las líneas principales que permiten hablar de escuelas, entronques con el pasado más o menos reciente y trayectorias globales. Vislumbra el ho-

rizonte en medio del tormentoso mar que puede parecer, a primera vista, el cada vez más amplio panorama narrativo actual. En el corpus de trabajos que selecciona se encuentran estudios de conjunto, algunos muy meritorios, de la obra de autores ya consagrados o de géneros como el relato breve, la autobiografía ficticia (*faction*) o el diario de escritor. Pero sus logros quedan diluidos y casi borrados por la abrumadora presencia de reseñas: no es raro encontrar una de ellas donde se denuesta en un autor lo que páginas atrás otra elogiaba en un autor diferente. Sin un estudio central que ponga los puntos sobre las íes, el lector no sabe si considerar el desapego a la veracidad histórica como un defecto o una virtud de la nueva narrativa.

Es en la cuarta parte, dedicada al teatro, donde Gracia acierta más a la hora de dar una visión global, suponemos que en buena parte gracias a la escasa extensión que se le dedica en el conjunto de la obra (40 páginas de un total de 480): por una vez la injusta pero tradicional relegación de las artes escénicas produce un fruto positivo. En esta sección sí se identifican claramente períodos, y son varias las voces que se suman a la del editor para perfilar el panorama general y su evolución: del vanguardismo más excluyente al intimismo y el realismo cotidiano, pasando por la hegemonía de lo escénico y espectacular que llegaría a su cumbre en el 92. Se echa de menos quizá una mayor o más insistente puesta en conexión con el resto de fenómenos culturales y literarios, que tan provechosa hubiera resultado a la luz de la claridad de ideas que se percibe en lo referente al teatro.

Por último me gustaría señalar otra notable ausencia en una obra que dice extender sus redes hasta el año 2000: la literatura es a menudo interpretada en el volumen a la luz de su contexto histórico y cultural, sin eludir alusiones políticas a fenómenos como la transición y la era socialista. Por ello se hace evidente la falta de algún estudio que analice el nuevo mapa que dibuja la llegada del PP al Gobierno en 1996, aunque hubiera sido en forma de reseña de *Un polaco en la corte del Rey Juan Carlos*, que Vázquez Montalbán publicó en fecha tan temprana como el propio año 1996. Estamos seguros que el tema se abordará en el volumen 10 de *HCLE*, pero se corre el riesgo de percibir el hecho como propio de principios y no de fin de milenio.

LUIS LLORENS MARZO
Universitat de València

